

Sísifo

Todas las tardes, después de almorzar, mi abuelo se retiraba a dormir una siesta que prolongaba hasta la puesta de sol. A pesar de que siempre me invitaba, las veces que lo acompañé podrían contarse con los dedos de una mano: el ánimo de los niños difícilmente tolera la perspectiva de estar un largo rato en completo silencio, y yo no era la excepción. Prefería pasar las tardes contemplando el extenso bosque que, a escasos metros de la casa, aparecía como promesa divina de incontables aventuras. Y mi mente las imaginaba todas, aun cuando jamás había puesto un pie en él: cada vez que lo intentaba era víctima del terror más irracional, poderoso, absoluto.

No hagan –se los ruego– malas interpretaciones: amaba ese bosque, más siquiera de lo que a mi inocente pequeñez le era posible entender. No existía razón alguna capaz de explicar el miedo que sentía; sin embargo ahí estaba, torturándome constantemente. Y yo, condenado a pretender que ese terror no era un tormento, me escabullía al techo y abarcaba con la mirada la frondosa multitud de árboles, contemplándola entre lágrimas. Hasta que, en lontananza, el caprichoso sol terminaba su camino peregrino por la bóveda celeste, derramando los últimos rayos de luz sobre la tierra muda. Me ponía de pie entonces, y mi rostro se llenaba de alegría cuando con el bosque recibía las rosadas caricias del crepúsculo, postrimero don de la moribunda jornada. Compartir ese regalo era una cura; mas, ¡qué efímera cura! Pues la noche es presurosa e impaciente: en relevar al día tarda solo un momento.

Una de esas tardes, mientras miraba desde el tejado las irregulares copas de los árboles imaginando toda clase de historias, escuché un largo lamento. Preocupado de que los quejidos fueran de mi abuelo, decidí bajar del techo. Una vez abajo, abrí la puerta de la casa lentamente. Dentro solo había silencio. Despacio, procurando no hacer ruido, me dirigí a su pieza: ahí lo encontré, tendido sobre el colchón. Dormía profundamente.

No había nadie más en la casa; en cualquier caso, la voz que lloraba era tan tenue que parecía venir de muy lejos. Salí por tanto, convencido finalmente de que mi

vívida imaginación nuevamente me había engañado. Pero mientras me disponía a escalar las paredes lo volví a escuchar, nítido más allá de toda duda: alguien, en la profundidad del bosque, cantaba entre lamentos. Era un canto a la vez triste y dulce, tierno y frágil. Recuerdo que me sonó a destierro, a partida y a separación; quizás por eso me atrajo hacia sí inmediatamente. Sin embargo, no bien di un paso en dirección al bosque, me invadió ese terror ya tan familiar. Otra vez quedé paralizado, mirando impotente la silueta de los árboles, indiferentes a mi incapacidad. Y sucedió que calló la voz mucho antes de recuperarme, dejándome solo y lleno de culpa por no poder ir a buscarla.

Durante los siguientes meses me pasé día y noche en silencio, a la espera de que el lamento se dejara oír una vez más. Comía escasamente y dormía menos aún, obsesionado con la canción que en tan poco había mellado tan profundamente en mí. Por fin, una tarde fresca de primavera, la volví a escuchar, tiñendo de amargura las alegres melodías de los pájaros.

Esta vez no me tomó por sorpresa: llevaba mucho tiempo esperando, preparándome para entrar. Había meditado hondamente en mis temores, y creía haber encontrado una solución a ellos. Cerré por tanto los ojos y corrí hacia la voz misteriosa, confiando en ella como única guía, prescindiendo de esa vista a la que tanta importancia da Aristóteles en la *Metafísica*. De más está decir que caí numerosas veces antes de volver a abrirlos, ya profundamente internado en el bosque. Una vez dentro no tuve ya miedo, y me sentí como curado de una larga enfermedad que desconocía padecer. Miré atentamente el bosque, cargado de vida. En lo alto, las indecisas hojas retenían solo parcialmente la luz, intentando decidir si la necesitaban o no. A mis pies innumerables colores adornaban una miríada de flores de distintas especies que oscilaban cuan bailarinas danzando descalzas al compás de la silente música del viento. Unos cuantos metros más allá, contrastando con la cargada diversidad de la floresta, se abría un amplio claro sobre el que el astro mayor derramaba con ímpetu sus rayos como si no poder hacer lo mismo en el resto del paisaje le resultara frustrante. Y la voz que tanto quería encontrar provenía de allí. Turbado, me acerqué lentamente mientras mis ojos se iban acostumbrando poco a poco a la fuerte luz. Hasta que por fin fui capaz de

distinguir al dueño de tan dulces lamentos: era un viejo sauce. Su tronco robusto y nudoso se elevaba de la tierra caprichosamente de una forma que me pareció casi antojadiza. Dejaba caer desde sus altas ramas largos dedos cargados de hojas, que suspendidos apuntaban al suelo como culpándolo de su miseria. Dominaba el claro en absoluta soledad, pero no aparentaba ser su dueño, sino más bien un prisionero.

Desde ese día hasta el último de su vida fui a hacerle compañía, conmovido. En un principio permanecía contemplándolo de lejos. Mas los niños suelen ser excesivamente confiados, de modo que no pasó mucho tiempo hasta que me sentí en la libertad de sentarme entre sus raíces, donde me quedaba escuchando su voz tenue, absorto ante la maravilla que suponía su mera existencia. Pienso hoy que lo prodigioso del milagro radicaba en su naturaleza, eminentemente simple. No contaba con piernas o manos, ni poseía boca alguna; en fin: no era en nada menos árbol que el más árbol de los árboles. Sin embargo, hablaba; de eso estoy seguro. Aún recuerdo la primera vez que me dirigió la palabra. Acurrucado yo en el suelo, con la espalda apoyada en su tronco, me preguntó quién era. La voz no provenía del tronco: creo que se valía de las largas ramas y de sus muchas hojas para sacar la voz, aprovechando el roce del viento. Desconociendo qué contestarle, y un poco aturdido por la sorpresa, le di mi nombre. Él resopló negativamente, como si mi respuesta no le hubiera parecido suficientemente satisfactoria. Pero me quedé callado, sin saber qué más decirle.

—Y tú —atiné a inquirir tras un largo silencio—, ¿por qué estás perdido?

Le pregunté esto recordando lo que mi madre me decía cada vez que veíamos un sauce a lo lejos: “mira que los sauces siempre viven junto a un río. Si alguna vez te encuentras con un sauce lejos del agua, ten por seguro que está perdido”. Sin embargo no quiso responderme. Es más, mis palabras parecieron consternarlo, ya que no volvió a hablar durante todo el día. Pasaron las horas, estaba por caer la noche. Y el árbol permaneció inmutable, incluso tras llegar la hora de marcharme. Comencé el camino hacia mi casa justo cuando el sol se escondía tras el bosque. No me dirigió la palabra.

Al día siguiente volví a acurrucarme entre sus raíces pretendiendo que nada había pasado. Apoyé la cabeza en su tronco como tantas otras veces. Y entonces, sin previo aviso, habló.

Muchas cosas me contó durante el transcurso del día. No tenía nombre, porque nunca se lo habían dado. Tampoco recordaba desde cuándo llevaba en esta tierra, aunque su vida se le antojaba casi tan larga como el tiempo mismo. Cuando era joven vivía junto a un arroyo de aguas cristalinas y sosegadas. Entonces era capaz de moverse por el mundo a voluntad, pues sus raíces no eran muy profundas gracias al agua del río, que mantenía húmeda la tierra incluso superficialmente. Pero no era totalmente feliz. Es cierto; lo rodeaban comodidades, y nada le faltaba más que una sola cosa que desafortunadamente era el mayor afán de su corazón: las alturas insondables del cielo. De modo que un día, loco de amor, decidió emprender el viaje definitivo. Anduvo errante por el orbe largo tiempo. Pues, pese a que tenía claro su destino, no conocía el camino, con lo que no le quedaba otro remedio que buscar, armado únicamente con la esperanza de que los anhelos últimos del alma no son nunca infundados, sino que siguen razones más profundas y misteriosas, aunque por momentos nos parezcan fuente infinita de infelicidad.

El tiempo no vulneraba su devoción, pero sí logró erosionar poco a poco su corporalidad. Faltas de agua, sus raíces fueron profundizando cada vez más en la tierra, haciendo progresivamente más difícil el movimiento. Hasta que al final no fue capaz de moverse y quedó irremediablemente quieto, justo en el claro de un bosque. Mas su amor era todavía incansable y se lo había prometido al cielo. De forma que comenzó a crecer lentamente, dirigiendo sus ramas hacia lo alto.

Pronto, sin embargo, comenzaron a asediarse las dudas, los temores. El suelo se encontraba todavía tan cerca, y el cielo en cambio tan lejano. La confianza que tenía al principio fue desapareciendo paulatinamente, dando paso en su lugar a la vergüenza: ¿qué estaría pensando, allá arriba, la bóveda celeste? Con toda certeza que era un fracaso absoluto, indigno de su afecto. Mientras estos pensamientos iban destrozando su otrora fuerte voluntad, su tronco se encorbaba lentamente hacia la tierra. Y al final resultó ser que nada en él significaba ese amor primero que tantas locuras había inspirado. Más bien parecían sugerir que amaba devotamente

al suelo: sus raíces penetraban hondamente la superficie de la tierra, y su tronco ya nudoso parecía inclinarse hacia él con elocuencia. Incluso sus ramas largas y las hojas que cargaban crecían descendiendo, apuntando al mundo. Preso de la desesperanza se dio finalmente por vencido, y desde entonces pasaba los días evocando aquello que poseyó únicamente en la esperanza del amor, convencido de que era un bien imposible.

Su historia me impresionó hasta el punto de no saber qué decir. No dejaba de pensar en ese cuento que mi abuelo solía relatarme antes de dormir: el mito de Sísifo, aquel hombre condenado a empujar cuesta arriba una roca que, al llegar a la cima, rodaba nuevamente hacia abajo, teniendo él que repetir el proceso absurdo infinitamente, sin poder descansar jamás. En mi cabeza el pobre sauce era un verdadero Sísifo, condenado a arrastrar eternamente un amor destinado al desasosiego de la soledad, y el repudio inexorable del amado. Desde ese día lo comencé a llamar así. Él jamás se opuso.

Por muchos años acudí todas las tardes al jardín de Sísifo, mientras mi abuelo dormía. Me sentaba entre sus raíces y le hacía compañía durante largas horas. En ocasiones, cuando ninguno de los dos hablaba, me quedaba contemplando el cielo, preguntándome por qué le era tan querido. A veces lo conversábamos; podíamos estar mucho tiempo hablando del firmamento. Al final no pude sino amarlo también yo; y creo que en esos largos diálogos también él volvió a encontrar ese amor que creía perdido para siempre.

Sucedió que un día mi abuelo organizó una gran fiesta. Invitó a todo el pueblo a dar la bienvenida al nuevo año con una enorme pira; tal era la costumbre entre los nuestros. El día del evento se internó en el bosque temprano, y no volvió sino hasta bien entrada la tarde. Cuando regresó, llevaba detrás un árbol grande y robusto, de ramas como nudos y hojas largas. Se me hizo un nudo en la garganta, y sin mirarlo siquiera corrí en dirección al claro. Temblaba. Por fin llegué al jardín: Sísifo no estaba. Mi abuelo se lo había llevado. En su lugar un tronco cortado hacía las veces de lápida muda y de sepulcro, memoria última de su existencia.

Ahí, sobre su tronco, derramé muchas lágrimas. Lloraba por la muerte de mi amigo, por lo solo que me dejaba; pero sobre todo lloraba porque nunca halló la redención, la cura de ese amor tan descartado. Sísifo había muerto esperando un sinsentido, y eso me destrozaba el alma.

Cuando dejé de llorar era ya de noche. El bosque era bello de un modo totalmente distinto en la oscuridad; nada me importó, sin embargo, su belleza. No pensaba sino en Sísifo, el pobre Sísifo. A lo lejos, la luz de la pira palpitaba, alimentada por la vida que se había llevado. Caminé en dirección a ella, sabiendo que se encontraba cerca de mi hogar. Al llegar, no fui capaz de acercarme: era demasiado doloroso. Me dirigí a la casa, con la intención de escalar las paredes una vez más para subir al techo, al que no iba hace muchísimo tiempo. Pero mientras me disponía a hacerlo, escuché una voz que cantaba, dulce y tenuemente. Me giré sorprendido, y mis ojos se dirigieron por fin a la pira. El fuego se erguía, majestuoso. Sobre él, una columna de humo se elevaba, ascendiendo lentamente. Sísifo por fin había encontrado el camino al cielo.